

¿RACISTA, YO?

“El amor todo lo puede”, dice el discípulo amado. Sin embargo, san Juan desconoce que también existen amores imposibles. Así, por ejemplo, el romance entre Calixto y la dulce Melibea. ¿Cuál es el muro que separa a los amantes? Calixto busca su halcón perdido, Melibea es la hija única de un comerciante enriquecido. La caza de cetrería es propia de los nobles, cristianos viejos; muchos judíos conversos “se montaron en el dólar”. La pregunta es sencilla: ¿qué impide a dos jóvenes de buena familia, limpios de sangre hebrea, unir sus cuerpos, sus almas y sus fortunas? ¿A qué esa clandestinidad? ¿Por qué Calixto no le pide a Pleberio la mano, el pie, y lo que haga falta, de su hija única? La religión, sólo la religión. Ésta, que debería religar, desune a los hombres. En *La Celestina* no existe la rivalidad política entre dos familias poderosas de la ciudad. Romeo no es Calixto ni Julieta es Melibea. Y tampoco se da la distancia de la clase social – mujer rica, hombre pobre – de *Los amantes de Teruel*.

Y bien, la religión, el poder y el dinero hacen que “el amor no todo lo pueda”. Pero existe otro abismo que los amantes no pueden salvar: los glóbulos rojos. La prohibición de matrimonios mixtos para salvaguardar la pureza ha sido habitual en la historia. Los españoles, en la medida en que se da, encontraron la mejor solución al problema racial: unir un óvulo – ese pequeño huevo – a un espermatozoide cabezón. De una mujer negra nace una mulata, de una mulata un cuarterón, de un cuarterón...

¿Café solo? ¿Un vaso de leche? ¡Por favor, camarero, póngame un cortado!

Pablo Galindo Arlés

31 de julio de 2026